



bra propuesto: ser un medio para ayudar a la formación evangelizadora de los responsables de la comunidad eclesial, respondiendo al deseo de Juan Pablo II expresado en la encíclica *Redemptoris Missio*; tarea ésta indiscutiblemente urgente en un mundo que está alcanzando la cota de los cinco mil millones de habitantes, de los que sólo 950 millones son católicos.

E. Luque Alcaide

María Alicia PUENTE LUTTEROTH (ed.), *Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, prólogo de Sergio Méndez Arceo, Editorial Jus-CEHILA, México 1994, 264 pp.

La Mtra. Puente Lutteroth, coordinadora de Cehila-México, formada en la Universidad Iberoamericana de México y en la Universidad Católica de Lovaina, compila trabajos de catorce especialistas en distintas áreas. La compiladora parece ser redactora directa de ocho capítulos, firmados unas veces como M^a Alicia Puente Lutteroth y otras, como M^a Alicia Puente de Guzmán. Entre los colaboradores los hay eclesiásticos y laicos, católicos y dos miembros de confesiones protestantes; estos últimos redactan sendos capítulos sobre la presencia del protestantismo en México.

Todos los capítulos terminan con una breve bibliografía. Al final de la obra se adjunta una relación de fechas claves de la organización eclesial mexicana, desde los orígenes hasta nuestros días; unos someros datos estadísticos referentes a la jerarquía; un mapa de la distribución territorial de las provincias eclesialísticas; y un breve curriculum de los autores de los capítulos. El volumen lleva dos dedicatorias. La primera a Mons. Sergio Méndez Arceo, buen historiador de la enseñanza universitaria en México durante el período virreinal, después prelado de la Igle-

sia mexicana y sostén del controvertido Centro de Pastoral para Latinoamérica, con sede en Cuernavaca (México), de gran influjo en los años sesenta. Mons. Méndez Arceo falleció ocho días después de terminar el prólogo de la obra, al que más adelante nos referiremos. La segunda dedicatoria es para Mons. José Llaguno, también prelado de la Iglesia mexicana y antes destacadísimo historiador del III Concilio Mexicano (1585), asimismo recientemente desaparecido.

En su prólogo, después de manifestar su simpatía por esta iniciativa, que también comparte la que suscribe, Méndez Arceo apunta una importante deficiencia: el que no se haya mencionado la larga y fecunda trayectoria de la Real y Pontificia Universidad de México, fundada en 1551 y extinguida en 1865. Aquí me atrevería a ampliar la reserva de Mons. Méndez Arceo: no hay apenas lugar, en esta «historia mínima», para la labor cultural y educadora de la Iglesia católica: iniciativas educadoras de la jerarquía, de las cofradías, de las Órdenes religiosas, actividades de los grandes intelectuales católicos de distintas épocas, particularmente —por su influjo posterior— del siglo XVIII, etc.

Epistemológicamente, esta Historia «mínima» ha tomado una opción, que expresa bien el ideario del grupo, o, al menos, de una parte de los colaboradores: «Como vimos más arriba, la misión de la Iglesia está constituida por el doble (e inseparable) aspecto de anunciar la buena nueva de la liberación a los pobres y asumir purificándolas las categorías de su cultura, esto es, la inculturación o encarnación del Evangelio en una determinada cultura» (Rafael Landerreche, profesor de la UNAM, p. 62). Evidentemente, tal opción proyecta bastante luz sobre los propósitos de algunos autores del grupo. En cualquier caso, esta preferencia eclesiológica determina frecuentemente, por sus condicionamientos ideológicos, el método y los objetivos del análisis histórico.

La obra consta de tres partes, de desigual extensión. La más breve está dedicada al «mundo autóctono», con tres capítulos, y constituye un intento de presentar el mundo sobre el cual se «plantó» la evangelización. La idea me parece feliz, pero, ¿serán igualmente satisfactorios los resultados? Una afirmación de Clodomiro Siller, quizá intencionada, sobre las religiones precolombinas, podrá ilustrar cuanto pretendo decir: «[Cuarto tipo:] Los sacrificios humanos de *personas*, sobre los que ha habido muchas falsedades. Especialmente las falsedades difundidas por los soldados y cronistas españoles que presentaron estos sacrificios de tal manera que se opacaran las atrocidades y los genocidios que ellos mismos cometían. [...] En primer lugar, es necesario tener en cuenta que este [tipo] de sacrificio se hacía muy raramente, al final del siglo, cuando acaecían cataclismos telúricos importantes...» (pp. 30-31). Parece lícito reivindicar la verdad histórica, pero es preciso aportar documentos que desautoricen las fuentes conocidas por todos... y que se consideraban solventes hasta ahora.

En todo caso, y aparte de la reserva apuntada, parece necesario conceder un mayor protagonismo al indio o indígena como sujeto de la Historia de la Iglesia mexicana; esto es reivindicado por la compiladora en su «introducción» y en varios de los capítulos de que es autora. Pero es oportuno pasar del campo de las buenas intenciones al campo de la ciencia histórica rigurosa. Aquí serán precisos muchos estudios, no sólo para conocer mejor la religiosidad de las poblaciones autóctonas antes de la llegada de los europeos, sino también la vida cotidiana religiosa —cristiana, por tanto— de los indígenas en los tiempos de la Colonia y, sobre todo, después de la emancipación.

La segunda parte, también bastante breve, está dedicada a la «dependencia colonial», con dos colaboraciones sólidas de Rafael Lardereche y Manuel Olimón Nolasco, y una

aportación de la compiladora sobre la situación indígena en tiempos de la Colonia.

Finalmente, la tercera parte, la más extensa, pues constituye casi los dos tercios del volumen, sobre la «nueva dependencia», historia el período que va de 1810 hasta nuestros días. Esta sección es la más interesante, casi toda ella realizada con la metodología de la «historia religiosa», con abundantes sugerencias que deberán ser desarrolladas en publicaciones posteriores. Aunque los trabajos son desiguales, se aprecia el buen hacer de todos ellos, ordinariamente mesurados en sus afirmaciones. Puestos a señalar algunas colaboraciones, destacaría la de Alfonso Alcalá, por su claridad expositiva; los capítulos de la compiladora, narrando la vida de la Iglesia bajo la héjira revolucionaria y durante las guerras cristeras; y la aportación de Jesús García, historiando la vida eclesial desde la creación del CELAM hasta Puebla, por las ricas informaciones facilitadas, muchas de las cuales parecen de primera mano.

En definitiva: estamos ante un intento de narrar de forma viva y por parte de historiadores que no siempre son «académicos» la vida de la Iglesia en México. Queda un largo trecho por recorrer, como reconoce abiertamente la compiladora, pues hay, en efecto, mucho que sólo está intuido y todavía poco probado. Pero el intento metodológico es interesante y habrá que esperar a resultados más decantados. Deseamos, por último, que, con el tiempo y una mayor maduración, determinadas perspectivas, quizá un tanto dialécticas (colonizadores vs indígenas; europeos vs americanos, ricos vs pobres, etc.), que se aprecian aquí y allá, se moderen de algún modo y den lugar a una visión complexiva más teológica de la Iglesia. Es innegable que el pecado ha estado presente —y lo está— en la trayectoria intrahistórica de la Iglesia; pero ello no debería llevarnos a un planteamiento maniqueo de su decurso temporal...

C. J. Alejos-Grau